

# Vargas Llosa: una perspectiva hispánica

J. J. ARMAS MARCELO

Escritor

## RESUMEN

Testimonio personal a propósito de la importancia que adquirió la obra de Vargas Llosa para la trayectoria de la literatura española desde la publicación de sus primeros libros. En la apreciación y estimación del narrador peruano se destaca no solamente la importancia de una estética narrativa que se mantiene vigente, sino también de una ética. Así mismo, se recuerda la recepción nada comprensiva que manifestó hacia los escritores del “boom” el narrador español Juan Benet, frente a la entusiasmada reacción del poeta y crítico José María Valverde cuando se publicó *La ciudad y los perros*. Se destaca, por último, el trabajo constante y la ambición artística de un escritor que ejerce, tras cuatro décadas, su influencia sobre las generaciones más recientes.

**Palabras clave:** estética, ética, recepción, *La ciudad y los perros*, Juan Benet.

## Vargas Llosa: a Spanish Perspective

### ABSTRACT

A personal testimony regarding the growing importance of Mario Vargas Llosa in the evolution of Spanish literature since the publication of his early works. An essential factor in the appreciation and esteem for the Peruvian novelist is the still valid power of his narrative aesthetics but also of his ethics. The article recalls Spanish novelist Juan Benet's resistance to the writers of the “boom”, in contrast to the enthusiastic reaction of poet and critic José María Valverde after the publishing of *La ciudad y los perros*. Lastly, emphasis is given to the constant work and artistic ambition of a writer whose influence, four decades later, is still prevalent in recent generations.

**Key words:** aesthetics, ethics, reception, *La ciudad y los perros*, Juan Benet.

En 1973, durante una entrevista periodística que le hicimos al novelista Juan Benet, calificado en España por muchos estudiosos y por bastantes creadores literarios, desde entonces y hasta hoy, como un “moderno y estético refundador –más que mero reformador– de la novela española contemporánea”, definió a Vargas Llosa, que cuenta en esos momentos con 37 años de edad, “como un profesional”. Se sobreentiende que “de la escritura literaria”. Lo que dijo Juan Benet vino a coincidir en todo caso con la afirmación de Carlos Barral, el primer editor de *La ciudad y los perros*, que había calificado en privado a Vargas Llosa –y lo hará otra vez en público en el prólogo a *Los cachorros*– como un “*animal de la escritura literaria*”, un escritor distinto, un escritor de los que no podían vivir ni un solo día

sin escribir ocho horas por lo menos; de modo que Vargas Llosa era para Barral, desde esas fechas ya lejanas, “el único escritor que trabajaba como un obrero y vivía como un burgués”. Es decir, escribía a diario con un horario fijo de trabajo, mañana y tarde, como un obrero, como un oficinista, sin dejar por eso de estar pendiente de las cosas que, además de la escritura literaria, más le apasionaban: la política y el estado del mundo en general. Y eso ha sido así desde entonces hasta hoy mismo.

Pero estamos todavía, como digo, en 1973, en aquella entrevista con el novelista Juan Benet donde el autor de *Volverás Región* arremete duramente –para no variar– contra Benito Pérez Galdós y, por no dejar la actualidad, habla –a preguntas del entrevistador– de otros miembros del “boom” de la novela latinoamericana de los 60 y 70, a los que no deja mejor parados que al autor de *Los Episodios Nacionales*. De uno dirá que es un simple polícastro más o menos engolado; de otro dirá que es como un niño que juega con las palabras para convertirse en hombre-escritor, sin que ese esfuerzo consiga su propósito; de un tercero dirá que no le ha interesado de él nada de cuanto ha intentado leer; de un cuarto, directamente, que es un pésimo novelista. Pero de Vargas Llosa dice, entonces –repito–, “que es un profesional de la escritura”. Es al único que respeta de todo el “boom” quien entonces, Juan Benet, es tenido como el “enfant terrible” de la literatura española.

Han pasado diez años (estamos en 1973) de la publicación de la primera edición de *La ciudad y los perros*, bajo la impresión de cuya lectura el crítico y poeta José María Valverde, nada dado a hipérbolos elogiosas con sus coetáneos, escribió que era “la mejor novela que había leído en español desde *Don Segundo Sombra*”. A aquellas alturas, 1973, “el boom” ha triunfado editorialmente, las ediciones de los títulos de aquellos años se suceden imparables, la masa crítica, académica y no académica, es ya muy voluminosa y los lectores, los nuevos lectores de novela, se suman por miles y hasta cientos de miles en todo el mundo hispánico. A esas mismas alturas, 1973 (casi 74), Vargas Llosa no se ha conformado con el triunfo de *La ciudad y los perros*, no se ha dormido en los laureles de su primera juventud literaria, sino que ha dado a sus lectores dos novelas más juzgadas, sincrónica pero sobre todo diacrónicamente, como excepcionales por una inmensa mayoría crítica y una masa de lectores que sobrepasa la normalidad del mundo hispánico: *La casa verde* (en 1966) y *Conversación en La Catedral* (en 1969; cuyos dos tomos recuerdo haber leído hipnotizado durante un jueves y un viernes santo, de un golpe, de un solo trago, casi sin levantarme del sillón donde los leí). Además ha publicado muy recientemente una novela en la que aparece por primera vez el humor –del que hasta entonces Vargas Llosa ha dicho no ser partidario para la novela– como elemento primordial en su literatura, *Pantaleón y las visitadoras* (no lo olviden, estamos en 1973); y, un par de años antes (en 1971) ha dado a la imprenta el voluminoso y sorprendente ensayo *García Márquez. Historia de un deicidio*, además de *El combate imaginario. La carta de batalla de Joanot Martorell* (en colaboración con Martín de Riquer). De modo que a estas alturas el novelista que comienza su escritura literaria en 1959, con *Los jefes*, es un escritor consagrado por la crítica, la masa lectora, el mundo edito-

rial y el universo académico. Es el más joven escritor del “boom” y, no obstante, uno de los más maduros literaria e intelectualmente.

Y aquí vendría mi primera conclusión de hoy: Vargas Llosa, su escritura, sus novelas, contradicen la norma admitida como tal según la cual la novela es un género de madurez de años y experiencia, porque en plena juventud creativa (37 años de edad, cuando entonces) ha conseguido una plena madurez creativa; madurez literaria, madurez de escritura, madurez intelectual, madurez mundana; madurez en todos los sentidos. Dato que lo convierte desde entonces en una excepción, no única excepción, desde luego, pero excepción al fin y al cabo. Y mi segunda conclusión: desde la perspectiva hispánica se convierte en un paradigma profesional del trabajo de la escritura literaria. Es –como dijo Benet, no sé si con segundas intenciones, lo que se llama doble lectura– un verdadero profesional; lo que le hará decir a Juan Carlos Onetti más adelante que mientras él sostiene con la literatura una relación adúltera, Vargas Llosa la tiene matrimonial. Y yo añadiría que incluso, doméstica y familiar, hasta endogámica: la literatura, la escritura literaria, para él es un necesario trabajo profesional que además es doméstico y familiar, una necesidad biológica y respiratoria. Para él la literatura es su familia cotidiana, es su vida y su hogar.

Esa condición de Vargas Llosa, la del trabajo profesional de la escritura literaria, se ha convertido a lo largo de los años, pongámonos en el día de hoy, año 2008, en una *conditio sine qua non*, hasta el punto de que hoy por hoy hasta los más jóvenes escritores del Perú y del mundo hispánico reconocen la profesionalidad de Vargas Llosa como una de las mayores virtudes de sus trabajos literarios. Eso dirán en privado y en público Alonso Cueto y Jorge Benavides, por ejemplo. Literalmente: que Vargas Llosa les mostró el camino por el que un escritor de nuestro mundo, el de las literaturas en lengua española, podía convertirse en profesional hasta tener la literatura, más allá de la pasión, como una profesionalidad vital, esencial, sustancial, universal; y el chileno Alberto Fuguet dirá, además, que la lectura de las novelas de Vargas Llosa le han enseñado más del Perú que todos los libros de historia que haya leído sobre su país fronterizo; lo mismo que –y es mi tercera conclusión de hoy– Lampedusa dirá de Balzac, otro gran profesional de la escritura novelesca: que no sólo tiene un gran talento como novelista sino también como historiador. Porque en el fondo Vargas Llosa nos cuenta, con la escritura de sus novelas, la historia privada de su país y de su mundo, el mundo hispánico y latinoamericano, en su concepción más amplia.

Mi cuarta conclusión procederá de las tres anteriores: que Vargas Llosa es el único escritor del “boom” latinoamericano de la novela de los 60 que ha sido capaz de darnos a lo largo de más de 40 años de ininterrumpido trabajo (ni siquiera cuando se presentó a las elecciones presidenciales de su país en el 90 lo vimos fuera del pleno juego literario del mundo hispánico) una novela excepcional dentro y hasta fuera del mismo universo de las literaturas hispánicas. Ya hemos señalado tres de ellas, las primeras, señalemos ahora las otras tres, que forman parte de la excepcional novelística de Vargas Llosa: *La tía Julia y el escribidor* (de 1977), *La guerra del*

*fin del mundo* (de 1981) y *La Fiesta del Chivo* (del 2000), texto narrativo este último con el que sacó de las últimas dudas a los últimos críticos y lectores que seguían, por lo que fuera, negándole el pan, la sal y el banquete desnudo de la literatura. Para Vargas Llosa, a estas alturas del triunfo literario, en plena madurez creativa, en plena actividad, el verdadero triunfo del escritor, como para Roberto Arlt, se ubica en el hecho mismo de la escritura. Para que quede más claro: en el estricto hecho de escribir novelas. De modo que un escritor triunfa por el mero hecho de escribir, de querer y poder escribir; y el fracaso y la frustración están sólo en aquel escritor que quiere comenzar a escribir una novela todos los lunes de la semana próxima y nunca encuentra el lunes adecuado y exacto para comenzar la escritura de la novela. Como para Faulkner, para Vargas Llosa los verdaderos amigos del escritor han terminado por ser sus cientos de miles de lectores en todo el mundo. Para Vargas Llosa, como para Balzac, la novela es la historia privada (y hasta secreta y oculta) de las naciones y los pueblos. Nada ni nadie, ni siquiera la política, ha podido socavar —aunque lo hayan intentado— lo que Henry James estima condición necesaria para llegar a ser un excepcional novelista universal: una poderosa voluntad por encima de todo género de obstáculos, incluidos los personales, literarios o históricos. De ahí, de la férrea voluntad de ser novelista que ha demostrado Vargas Llosa, procede mi quinta conclusión, que se enlaza con la del trabajo literario que cité más arriba. Porque es un novelista cuya disciplina camina de la mano de su rigor como escritor mayor —no de edad, ojo, sino de saber y gobierno—; de esa voluntad férrea de ser novelista que lo ha convertido, a la vuelta de los años y sus obras y títulos, en un novelista insoslayable dentro y fuera del mundo hispánico, dentro de las fronteras de las literaturas de la lengua y fuera de nosotros, en otros ámbitos, otras voces y otras lenguas de rai-gambre literaria.

Hay una sexta y última conclusión que me gustaría hoy dejar también sobre estas hojas: tengo para mí que Vargas Llosa es de los pocos escritores que hay en nuestro mundo, en el mundo que llamamos hispánico, en el universo de nuestras literaturas en lengua española, que piensa, dice y sostiene lo mismo en público que en privado, lo que lo convierte en un escritor que siempre está a punto de entrar en polémica gracias a la exposición pública de su pensamiento ideológico. A estas alturas, tengo la impresión de que Vargas Llosa mantiene, aunque le perjudique, tanto en conversaciones privadas como en criterios y opiniones que, en la mayoría de los casos, los escritores de lengua española no son capaces, por interés o por conveniencia, por lo que sea, de mantener en público. Aunque lo piensen y aunque sepan que la realidad, no siempre conveniente, coincide con lo que piensan y no dicen ni escriben. Vargas Llosa, no: Vargas Llosa, como el grafógrafo grafomaniaco de Salvador Elizondo, no sólo escribe que escribe y sueña y se ve escribiendo que escribe, sino que piensa lo que escribe y escribe cuanto piensa, aunque como queda dicho no le convenga para sus intereses de escritor universal. No actúa ni escribe por conveniencia política o literaria, por sus intereses personales de cada momento, sino por convicción moral, por convicción ética. Y de la ética de su discurso ideológico procede en gran medida su estética novelística y literaria, y su concepción de la literatura y del mundo.